



ECHARLE MORAL A LA DOCENCIA.

José María Muñoz Terrón.

Universidad de Almería.

jmterron@ual.es

Buscando la complicidad de Aranguren, maestro de profesores de ética, la expresión que titula esta reseña bien podría valer como lema de una obra (Emilio Martínez Navarro, *Ética profesional de los profesores*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2010), de la que cabe decir, con justicia, que ha venido a llenar un hueco importante. Entre las muchas publicaciones dedicadas a los procesos de enseñanza y aprendizaje, esta trata con exhaustividad y rigor uno de los aspectos menos expresamente abordados cuando se habla de las tareas docentes: la *ética* de la profesión de enseñar. Si además de leído, este libro es comentado y discutido activamente, como sugieren las "cuestiones de autocontrol y debate" y los textos con que finaliza cada capítulo, habrá conseguido su declarado propósito: servir de acicate a la reflexión ética del profesorado en activo o en formación. De momento, con una 2ª edición – reimpresión – a los ocho meses de la primera, al menos una buena acogida en ventas parece haber tenido, posible indicio de que, de algún modo, se le estaba esperando.

Consciente de que una formación en ética no va a evitar todas las deficiencias, errores o faltas que se puedan dar en el gremio profesoral, Emilio Martínez apunta, no obstante, con acierto, que es imprescindible el estudio de los aspectos éticos de la enseñanza, entendida como una auténtica *tarea profesional* en el pleno sentido del término explicado precisamente en el libro. Si «echarle moral a la docencia» siempre se ha mostrado como algo necesario, en los aún más difíciles tiempos que se empiezan a vivir en la enseñanza parece la única opción de resistencia para quienes *sienten* de veras la profesión. Docente de dilatada experiencia él mismo – tres lustros en centros de bachillerato, como profesor de Filosofía, y otros tantos en la Universidad de Murcia, en el área de la Filosofía Moral y Política – Martínez Navarro muestra de múltiples maneras ser genuinamente realista y conocer muy bien las grandezas y miserias de esta profesión. Incita, por ello, a engancharse a la docencia con entusiasmo, como un trabajo que exige el máximo nivel de empeño y compromiso por parte de quienes la ejercen, e invita a quienes la sientan de otro modo a reconsiderar si es ese su lugar. Otras muestras de audacia en un libro cuyo tono fundamental es la medida de quien habla desde el



conocimiento de la complejidad de las realidades humanas, y la enseñanza es una de las principales de ellas, son, por ejemplo: ponderada defensa de la necesidad de “cierto orden en el aula”, que en pro del respeto a *todas* las personas, en determinadas circunstancias, podría llegar a tener que imponerse con “un mínimo de violencia”, “tan mínimo que uno pueda justificarlo ante sí mismo y ante los demás como realmente necesario para evitar males mayores”; detallada denuncia de posibles corruptelas típicas de la profesión; crítica decidida de algunos procedimientos inadecuados de acceso y ciertas condiciones injustas de trabajo del profesorado, que en ningún caso habrían de servir de excusa para una desmoralización de los docentes.¹ Otra cuestión es, si solo con *moral* basta para afrontar determinadas situaciones; por ello también se apunta al carácter ético de la reivindicación sindical de mejoras laborales en la enseñanza, siempre que queden al margen las cuestiones estrictamente académicas.

Concebida como libro de encargo para la colección dedicada por la editorial Desclée a la «Ética de las profesiones», proyecto conjunto de nueve centros universitarios de la Compañía de Jesús en España, la obra se beneficia del trabajo previo del profesor Martínez Navarro sobre ética y enseñanza y de una revisión bibliográfica *ad hoc*, que se materializan en una completa guía de este aún poco explorado territorio de la ética de la docencia, visto a través de diferentes itinerarios y perspectivas. De ella se podrán servir actuales o futuros miembros de la profesión docente de todo tipo de centros, públicos o privados, religiosos o laicos, con o sin carácter propio, de la primaria a la universidad; pues la obra ofrece, a cualquiera que se interese por el ejercicio honrado y excelente de la enseñanza, un valioso recurso para poner en práctica la deliberación racional sobre las cuestiones éticas en ella implicadas. Desde unas posiciones definidas en lo ético, lo religioso y lo pedagógico, ciertamente. El mencionado encuadramiento editorial de la obra, por ejemplo, orienta uno de sus principales objetivos: “proporcionar [...] una visión de la profesión docente comprometida con la justicia social.” Posiciones, en fin, que pueden, y deben, ser discutidas; algunas, especialmente. Así, determinadas afirmaciones sobre la ciencia y la fe, colocadas en un problemático pie de igualdad, simplemente como “dos esferas del saber humano muy diferentes entre sí, cada una con sus propias características y métodos de análisis”, o ciertas reflexiones

¹ Conforme a la decisión del autor – aclarada en una nota inicial – se han de entender términos como “profesores”, “alumnos”, “padres”, referidos también a las mujeres de los colectivos correspondientes, para “evitar la continua referencia explícita a los dos géneros porque haría muy pesada la lectura.”



sobre ética, religión y tecnociencia como “tres dimensiones diferentes de la vida humana”, cada una con “un saber específico que se ocupa de un objetivo propio y distinto de los otros dos” y que, por tanto, dentro de unas relaciones tensas inevitables deberían “mantener su independencia frente a los otros dos”, traslucen un irenismo difícil de mantener tal vez fuera del contexto más concreto de referencia de la obra. Dificultad de la que a buen seguro es consciente un autor, que ya había hecho tema de otro libro suyo (*Ética y fe cristiana en un mundo plural*, PPC, 2005) la preocupación por conjugar creencia religiosa con filosofía moral.

La obra aquí reseñada comienza, pues, con un capítulo inicial de desbroce del terreno, en el que, para orillar posibles malentendidos, se clarifican algunos conceptos básicos del ámbito disciplinar de la ética filosófica en su aplicación a la docencia y se concluye con la propuesta que se desarrolla en el libro: una «ética profesional de los profesores como ética aplicada». Enfoque que muestra, como toda la obra, la inserción de Emilio Martínez en el Grupo Interuniversitario de Investigación sobre Éticas Aplicadas y Democracia, dirigido por sus reconocidos maestros Adela Cortina y Jesús Conill, con quienes ha participado en publicaciones como un manual de *Ética* (Akal, 1996), con la primera, o el *Glosario para una sociedad intercultural* (Bancaja, 2002), con el segundo.

Los dos capítulos siguientes proponen una mirada a la docencia, inscrita en el conjunto de las profesiones, y a estas en el marco de una “ética cívica”, apropiada al contexto de sociedades caracterizadas por el pluralismo moral e ideológico y la diversidad cultural. El capítulo cuarto es fundamental, por cuanto desarrolla para el caso de la profesión de la enseñanza el análisis de los “bienes internos” y los “bienes externos” de la actividad docente. Se delinean en él las implicaciones concretas de expresiones que funcionan a modo de *leitmotiv* de la obra: formar “personas críticas, creativas y solidarias”, “buenas personas, profesionales y ciudadanos”, como objetivos de la enseñanza.

Se examinan en el quinto capítulo las cuestiones de ética docente adoptando como hilo conductor las diferentes relaciones en que se desenvuelve la persona que enseña al llevar a cabo su actividad profesional: relación consigo misma, con el contexto ético-político y con el alumnado. Emerge aquí la opción por el ejercicio de la enseñanza como un cierto tipo de profesión de ayuda, que incorporaría actitudes de servicio, cuidado, solicitud, y en la que, no obstante la desigualdad fáctica entre los miembros de la relación docente, ha de primar una igualdad moral que se ha de



manifestar en un "respecto activo" como principal virtud de la ética docente, compaginada con una ética del alumnado hacia su profesorado, basada también en el respeto.

El capítulo sexto aborda la figura del profesor desde su perfil de *especialista* en una determinada área de conocimiento, pues por lo general como docentes impartimos al alumnado solo una o varias asignaturas todo lo más, o en todo caso, solo durante una parte de su currículum. No en vano en este asunto de los contenidos de la enseñanza (en su selección, en la solvencia científica y habilidades didácticas de quien los imparte) se juega en gran medida el logro de los fines de la enseñanza. Por eso el autor se detiene aquí en cuestiones como la necesaria coordinación entre el profesorado de un mismo curso; en la discusión de en qué consiste y en qué no, la denominada "libertad de cátedra"; o en los aspectos éticos de esas faenas complicadas – y a veces ingratas – de evaluación y calificación, que son también parte necesaria de la labor del profesorado.

Los capítulos siguientes examinan el panorama de la ética de la docencia atendiendo a la figura del profesor en tanto miembro de un centro educativo, pues en las sociedades actuales la enseñanza mayoritariamente se ejerce en el marco de instituciones educativas, y a las relaciones del docente con sus colegas de profesión, con los padres del alumnado y con la comunidad local en que se encuentre inserto el centro correspondiente. De todo ello derivan cuestiones éticas concretas a las que, se concluye, ha de responderse con determinadas "actitudes": apoyo mutuo, diálogo, colaboración y trabajo en equipo, respecto a compañeros docentes y resto de personal del centro; colaboración leal y prevención de la corrupción, en relación con la directiva y autoridades académicas; lealtad al "carácter propio del centro"; diálogo y colaboración crítica con padres y comunidad local.

El noveno capítulo, uno de los que se podría considerar más "práctico" y útil de la obra, proporciona, mediante el análisis de algunos ejemplos, un procedimiento (la deliberación racional) para analizar y buscar vías de solución a los diferentes tipos de situaciones de conflicto ético que pueden presentarse en el ejercicio de la docencia. Terminan los diferentes recorridos por los que nos ha llevado el libro, con un capítulo décimo, y final, específicamente dedicado a la docencia en la universidad, entendiendo que caracterizan a esta ciertas peculiaridades frente a las etapas anteriores de la enseñanza. Una de las cuales sin duda es la siempre controvertida compaginación de las facetas investigadora y



El Búho
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhho.aafi.es

docente del profesorado universitario, que lleva a plantear algunos dilemas característicos, abordados por Martínez Navarro desde el análisis de los “bienes internos” de la propia institución y en el horizonte de la apuesta por un modelo ideal de universidad *republicana*, sugerido por Adela Cortina.

Algunas tablas de resumen, esquemas y gráficos incorporados a los diferentes capítulos hacen el contenido de la obra más accesible, pues permiten una visión sinóptica y facilitan tanto la simple lectura como su utilización como libro de texto recomendable para cursos de formación (ahora másteres) del profesorado de secundaria, bachillerato, e incluso de iniciación a la docencia universitaria. Aunque descartados por el autor como institucionalización *suficiente* de la ética de la docencia, los códigos deontológicos también tiene una presencia expresa en el libro, en forma de unos anexos que recogen el código de los profesionales de la educación del Consejo General de Colegios Oficiales de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de España (Oviedo, 1996) y el Código de Conducta Ética y Declaración de Compromiso de la *National Association for the Education of Young Children* (NAEYC, 2005). Con ellos, y con una bibliografía selecta y ceñida a los contenidos desarrollados, se cierra un texto que presenta todos los ingredientes para convertirse en obra de referencia en su materia.